

metimiento no pactado; dado que para nuestro filósofo el matrimonio configura la persona moral que ha de estar regida por el intelecto del varón y el gusto de la mujer.

En fin, la obra que reseñamos nos ofrece tanto una visión más completa de Kant como menos androcéntrica de la historia de la filosofía.

EL MALESTAR DE LA DEMOCRACIA

Rafael Ramis Barceló
Universitat Pompeu Fabra

VÍCTOR PÉREZ-DÍAZ:
El malestar de la democracia,
Crítica, Barcelona, 2008, 272 pp.

Los libros que se sitúan en la frontera de varias disciplinas se exponen a que su contenido sea parcelado y troceado desde cada una de ellas. No quisiera que esto sucediera en el que aquí me ocupa, al exponer una visión reduccionista de la obra *El malestar de la democracia* del profesor Víctor Pérez-Díaz, catedrático de Sociología en la Universidad Complutense. Sin embargo, escribir una reseña en la *Revista Internacional de Filosofía Política* me obliga a ceñirme a la dimensión más filosófica de la obra, algo que determina decisivamente el enfoque de los comentarios que siguen.

El libro, a mi entender, pretende un análisis de la democracia desde tres ámbitos: la sociología, la ciencia política y la «teoría política». Respecto de los dos primeros no tendría la necesidad de pronunciarme aquí —si bien lo haré después, y de forma muy somera para que el lector pueda hacerse cargo de las líneas generales de la obra en su integridad. El mayor problema «filosófico» radicaría en saber cuál es el alcance de la «teoría» a la que alude el autor con frecuencia. Se trata de un campo de debate entre los estudiosos de la filosofía política,

los sociólogos de la política y los politólogos. En raras ocasiones se da un entendimiento entre ellos, pues su lenguaje y sus objetivos son bastante diferentes.

Cuando los sociólogos y los politólogos establecen una serie de consideraciones generales sobre sus estudios empíricos y extraen algunas conclusiones, su discurso deviene —en ocasiones— teórico, e incluso filosófico. Y, llegados a este punto, pueden encontrarse enzarzados en un combate con aquellos cultivadores de la filosofía política que, bajo el pretexto de la teoría, se dedican a la apología. Se trata de un tiroteo —para defender sus competencias— entre los sociólogos y politólogos metidos a filósofos de lo público, y los filósofos de la política dedicados al politiquero de partido.

Sería muy tentador, pues, escribir una serie de comentarios desde esta guerra de trincheras, pues Víctor Pérez-Díaz, con su tono cortante e irónico y desde su sesgada óptica política, se prestaría muy bien a ello. No obstante, mi opción es intentar aprehender aquellos puntos valiosos que tiene el libro y explicar algunos problemas de enfoque que puede generar al lector.

Digamos, de entrada, que el autor tiene un discurso teórico liberal y que no lo justifica mal desde el punto de vista de la filosofía. Su idea principal estriba en dar una respuesta a la siguiente pregunta: ¿Existe

una crisis del modelo de democracia liberal? La contestación del autor es —con muchas salvedades y matices— que no, pues estamos aún en el mismo paradigma democrático que empezó en Grecia, fundamentado en la libertad.

Pérez-Díaz invita a confiar en este discurso de la libertad, y a valorar los mercados y los tejidos asociativos como contrapesos de ciertos imaginarios democráticos que se han configurado en la Modernidad (p. 223). Tiene en alta estima a los mercados, no tanto como reproductores de oligarquías, sino como «conversaciones» o como lugares de interacción dialógica, capaces de ayudar a corregir algunos errores de la democracia. Al final, el autor acaba afirmando que, después de los cambios sociales, institucionales y políticos de las últimas décadas, la democracia liberal tiene posibilidad de sobrevivir a todos ellos, a menos que ocurra una profunda degeneración.

Al igual que Popper, para Pérez-Díaz la democracia tiene una serie de enemigos a batir que son los culpables de la «degeneración»: los timócratas y demagogos, que amenazan acabar con la democracia y sustituirla por una tiranía. Para evitarlo, conviene impedir un uso partidista del poder, que corrompe y que acentúa la división del espacio político, y fomentar valores cívicos democráticos que cohesionen a la sociedad civil.

La defensa de este discurso «teórico» que se encuentra explicado —con excursos varios y otros subterfugios— en los capítulos tercero, cuarto y quinto, se mueve en una línea entre el liberalismo de Berlin —sumamente matizado— y un republicanismo decididamente conservador, que toma cuerpo y se define en los análisis de la política fáctica. Mas la exposición de los rasgos de las ciudades antiguas y su degeneración como símil con la sociedad democrática actual, sin aportar demasiado a la filosofía política, está expuesta con cierta coheren-

cia. De hecho, cuando el autor pretende ser original y lúcido en sus metáforas, puede llegar a ser entretenido, aunque lo más divertido de su prosa se concentra en sus diatribas contra ciertos partidos políticos.

La defensa de la sociedad civil burguesa (de la libertad mercantil y de asociación) a partir de ciertas críticas a Taylor y su interacción con los diferentes mercados «civiles» son, para el autor, los elementos clave para formar ciudadanos libres en tres esferas deudoras de la obra de Berlin: la apología de las libertades negativas, las asociaciones participativas y los mercados como sociedades comunicativas. Estas ideas se recalcan durante todo el libro y se remachan al final (p. 242).

Como el lector podrá intuir este libro no contiene ideas excesivamente renovadoras filosóficamente y la letra del discurso de Pérez-Díaz invita a una música de fondo que es conocida sobradamente por los estudiosos de la filosofía política. Ahora bien, si se contempla desde la óptica de la teoría política (es decir, esa trinchera a la que he aludido al comienzo), el libro es un poco más original, pues pretende hilvanar comentarios sobre la política fáctica para extraer algunas conclusiones sobre las tendencias del pensamiento político actual.

Siguiendo este hilo con paciencia, se puede encontrar en el libro una defensa de las ideas republicanistas, remozadas por un liberalismo que trata con gran cortesía a los comunitaristas (principalmente a Taylor y a MacIntyre). Lo que une a estas tres corrientes diferentes es la posición fundamentalmente conservadora que el autor sostiene, presentada en forma de comentario de la actualidad política. El autor, pues, un sociólogo, elegantemente ecléctico, que intenta teorizar sobre la democracia liberal, sin abandonar la política fáctica. Diría, con todo, que esta obra marca un punto de inflexión en su evolución personal, de modo que hay que esperar a otros pronunciamien-

tos para saber si finalmente se instalará en posiciones tan cercanas al republicanismo, o si bien emprenderá otro rumbo.

Quizás la indefinición del autor en el terreno de la «teoría política» se encuentre en los capítulos quinto («Izquierdas y derechas, civiles o inciviles»), sexto («Políticos y ciudadanos») y séptimo («Mercados y sociedad civil»). Si el lector examina detenidamente cuáles son los autores citados, observará que la intención de Pérez-Díaz parece haber abandonado el liberalismo (salvo, quizás, en lo económico), para defender una sociedad civil que esté más allá de la separación política izquierda/derecha. Esta sociedad civil, que manifiesta sus desacuerdos políticos en el seno de un tronco de valores comunes, tiene cierto encanto republicano. Los «consensos básicos» a los que alude el autor permiten mostrar el camino político de Gran Bretaña y de Francia desde el siglo XVIII hasta la actualidad: sólo a través de ese «consenso básico» republicano se puede lograr una conciencia democrática y que ésta sea un valor para la sociedad.

La lectura de estos capítulos da a entender que la defensa del liberalismo que el autor había mantenido en obras anteriores ha quedado ya atrás, en pos de un republicanismo cívico. Sin embargo la «ecuanimidad y decisión», la «civilidad, prudencia y fortaleza cívica» (p. 193) que propugna para las sociedades contemporáneas se basa, más que en la reflexión de un Pocock, en la obra de MacIntyre, y la virtud, más que un rasgo político, es declaradamente moral. Pérez-Díaz parece reivindicar el modelo griego y el modelo dieciochesco, en una mezcla de republicanismo inglés y de comunitarismo neoaristotélico, que no tiene por ahora los perfiles bien definidos (pp. 202 y ss.).

Y, sobre todo, en el capítulo séptimo, esta mezcla de virtud clásica y de republicanismo cívico no acaba de articularse con la defensa a ultranza del mercado como fuen-

te dialógica, en los que destaca la conversación entre formas de vida e inquietudes morales y políticas, que se traduce en asociaciones. Las asociaciones son, a juzgar por la explicación de Pérez-Díaz, la manifestación de un comunitarismo a pequeña escala que se resuelve en un republicanismo estatal. La mezcla de liberalismo económico, republicanismo y moralidad muestra, por así decirlo, cierto desajuste en las ideas del autor que, muy probablemente, está aún en una fase de reelaboración de su pensamiento político.

Si dejamos de lado esta situación ideológica, hay que recalcar que Pérez-Díaz es un ensayista francamente brillante. No me cabe la menor duda de que su conocimiento de la sociología empírica y política es muy vasto y que cuando su discurso deviene filosófico se las apaña como puede para no perder la coherencia y el rigor en sus planteamientos, un problema frecuente de los otros estudiosos de su disciplina. Si se trata, en cambio, de ponderar la originalidad filosófica de sus argumentos, resulta mucho más complicado, pues en ningún momento el autor se plantea qué es democracia desde un punto de vista de la filosofía teórica, ni tampoco «práctica». Tampoco el autor es un experto en «filosofía política», y es normal que se le vean las costuras en algunos lugares (como por ejemplo al citar a «Roger Scotto», que debe ser un híbrido —supongo que también en el pensamiento político— entre Roger Bacon y Duns Scotto, p. 173).

Por otra parte, en lo tocante a los comentarios sobre la política empírica desde la sociología, hay que subrayar el brillante repaso de las tendencias electorales y partidistas en la geopolítica de los últimos veinte años. Destaca especialmente su comparación entre la política británica y francesa, tanto diacrónica como sincrónicamente. Cuando el autor se limita a resumir la reciente historia de los diferentes países (ca-

pítulos 1 y 2), es de justicia destacar su excelente capacidad de síntesis y de interrelación, virtudes que no tienen muchos sociólogos de la política.

El autor, aun así, no renuncia a intercalar comentarios políticos sarcásticos e irónicos en el seno de sus reflexiones, un hecho que limita un poco su labor teórica. No esconde su inquina contra el PSOE ni contra los partidos nacionalistas. En la obra pueden encontrarse párrafos como el siguiente [aludiendo a los socialistas]: «Prueba de ello es que para llegar al poder y mantenerse en él, con idas y venidas, durante poco menos de dos décadas, no han tenido que mutarse una y otra vez en hasta tres formaciones políticas, como ha tenido que hacerlo la derecha y el centroderecha español; y que han sido capaces de apelar a un amplio espectro de electorado, y de ser socialistas y pro-capitalistas al tiempo (e incluso de proclamar su adhesión al marxismo y renunciar a ella enfáticamente en el lapso de tres o cuatro años) sin atravesar crisis alguna de identidad. Todo ello requiere arte y oficio, destreza comunicativa y disciplina interna» (p. 80).

En los párrafos en los que el autor quiere hacer un excursus filosófico no abandona el mismo tono partidista, pero es capaz de bellas metáforas parmenídeas y heraclíteas: «Y, en ese caso, piensan también que quienes mejor pueden administrar y manejar ese estado político fluido son ellos, los profesionales políticos del partido socialista, y no (los que ellos consideran como) esas gentes rígidas y un poco “cuadradas” de un partido conservador con su obsesión metafísica con lo que es, es, y no puede ser otra cosa. Los socialistas en cambio se conocen y saben que son dialécticos y pragmatistas, habituados al ser y al no ser simultáneo de las cosas, a la unidad de los opuestos complementarios, al manejo de los conceptos borrosos» (p. 81).

Tampoco tiene en alta estima a los partidos nacionalistas, representantes de lo que él denomina «nacionalismos periféricos», culpables de la situación actual de España, fomentada por el PSOE: «Lo que hay ahora es la puesta en marcha de un proyecto hegemónico socialista que pasa por el acuerdo durable con los NP [nacionalismos periféricos], en torno a la revisión del texto constitucional en lo relativo al Estado de las autonomías, para excluir de manera permanente a los populares del poder» (p. 77).

En fin, el libro es una mezcla de los tres niveles anunciados al principio. Puede tener muy buena acogida entre los sociólogos y politólogos (que no sean ni nacionalistas ni socialistas, claro está) y ellos aun encontrarán aún más virtudes de las que aquí se han enumerado. Si el autor no hubiese llamado a la puerta de los filósofos a través de sus continuas remisiones, tal vez su obra hubiese quedado más compacta y, quizás, mejor organizada, aunque su esfuerzo tampoco está —como se ha podido ver— exento de todo mérito.

Tal vez el no haber destacado mayores méritos sea un error mío, pues quizás no haya sabido captar el verdadero mensaje del libro, pasando por alto la intención de Pérez-Díaz. En ese caso, pido disculpas tanto al autor como a los lectores. Creo, sin embargo, que con esta recensión el lector puede encontrar suficientes elementos de juicio sobre el libro para saber si le interesa aproximarse a él. Puede decirse en su honor (en el del libro, aunque también en el del lector) que es una obra que se deja leer muy bien y que puede resultar literariamente grata. El resto —en este caso concreto— depende demasiado de la disciplina académica y de la postura política desde la que se emita el juicio. Ya se sabe: cuestión de gustos.